

DIARIO DE MURCIA.

PERIODICO DE TODO.

MENOS POLITICA Y RELIGION.

Sale todos los días, excepto los Lunes.—Se suscribe en Murcia, en la librería de Carles Palacios á 6 rs. cada mes y 8 fuera franco de porte.—Los anuncios se insertarán á medio real por línea.

Sobre los patagones ó gigantes.

¿Es cierto que hay patagones, ó debe confundirse la historia de su existencia con la de los gigantes de la fábula? ¿Se equivocó acaso Mr. de Buffon, cuando afirmó que en América, la naturaleza produce todas las cosas más pequeñas que en el continente antiguo? Estas importantes cuestiones para la historia y la filosofía, solo pueden decidirse con hechos; y por desgracia los que han viajado en aquellos remotos países han llenado sus relaciones de tantas cosas maravillosas, que apenas puede darse crédito á una multitud de hechos extraordinarios, á no asegurarlos muy repetidas pruebas. De esta naturaleza son las relaciones que tenemos de los patagones. Su existencia no presenta un

fenómeno cuya realidad implique contradicción. Si la naturaleza ha producido en un país hombres mucho más pequeños que los que habitan en medio de la Europa, ¿por qué no ha de haber dado existencia á otros de estructura de gigantes? La misma variedad se vé en sus diferentes producciones; y el clima parece que tanto influye en su medida como en su cualidad. Además, en América cree el pueblo que existe una nación en la parte inferior de la península meridional, cuya estructura es enorme, cuya creencia han convertido en hecho histórico un gran número de viajeros, entre los cuales, unos han abultado visiblemente los objetos, y otros solo han hablado por haberlo oído decir.

Mr. Odman publicó en la Gace-

ta de Stockolmo cuanto puede de-
searse sobre la materia.

Garcilasso habla de gigantes que habitan aquellos países meridionales; sus ojos, dice, son como platos, su estómago digiere el alimento de 50 hombres. Pigafeta que acompañó á Magallanes, y que compuso el diario de los descubrimientos de este famoso navegante, refiere que en la Bahía de San Juan á los 49 grados de latitud meridional, vino á bordo de su embarcación un patagón tan alto, que los europeos apenas llegaban á su cintura. Desde luego desconfió; pero habiendo los europeos imitado sus gestos, que se reducían á una especie de baile, se alentó y comió: sin embargo habiéndose visto en un espejo se espantó de tal modo, que saltó hacia atrás y derribó á cuatro marineros.

BOULETIN.

La piedra de toque,

por

Estevan Enault.

La Señorita de Lormand no contaba aun diez y siete años cuando se desposó con Mr. Davenel, que tenía poco más ó menos unos cincuenta y cinco años más que ella. Este casamiento produjo, como era de esperar, mil hablillas y dicharachos consecuencia necesaria de la envidia en unas, y de la propensión, en otros, á satirizar cuantos actos no creen arreglados á la marcha de sus deseos. Decíase en público que era

un doble producto de la lecura y el cálculo. El viejo fué juzgado digno de estar en las Petites-Maisons, y á la jóven en el despacho de un usurero para allí poner en práctica las reglas de interés. Como, en tesis general, la verdad de las cosas es lo contrario de las opiniones del mundo, todas aquellas suposiciones falsas y dichos satíricos, carecían de sentido común, la verdad, es que Julieta de Lormand no había hecho más que ceder á las tiernas súplicas de su madre enferma, y á las nobles instancias de Mr. Davenel, que la dijo: «Ya habeis perdido á vuestro padre, hija mía, y vuestra madre puede ser de un momento á otro víctima de sus achaques; quedareis entonces huérfana, sin guía, sin apoyo. Dadme vuestra mano; concededme el dere-

cho de dirigiros; á mi edad solo puedo ser esposo de nombre; sereis en cambio mi hija, y yo, vuestro padre, vuestro guía.»

No parece sino que Madama de Lormand estuvo esperando, para dejar el mundo, aquel momento dichoso, murió, llevándose á la tumba el consuelo de ver á su hija respirando en el seno de una admi-
nistradora de riquezas. «Julieta será feliz, amiga mía, le dijo al espirar Mr. Davenel.»

Era hombre de palabra. Mostróse á Julieta con benevolencia, risueño y complaciente. Procuró por cuantos medios estaban á su alcance, proporcionarle mil objetos de diversion; por que conocía muy bien las aspiraciones de un corazón de diez y siete años. Creyó poder prevenir ó al menos retardar así la expansión casi inevitable

